

APRENDIZAJE
DE UNA
REINA

Si tienes un club de lectura o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás guías de lectura de algunos de nuestros libros. www.maeva.es/guias-lectura



Este libro se ha elaborado con papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas, certificado por el sello de FSC (Forest Stewardship Council), una prestigiosa asociación internacional sin ánimo de lucro, avalada por WWF/ADENA, GREENPEACE y otros grupos conservacionistas. Código de licencia: FSC-C007782.
www.fsc.org

MAEVA apuesta para frenar la crisis climática y desea contribuir al esfuerzo colectivo y permanente de proteger y preservar el medio ambiente y nuestros bosques con el compromiso de producir nuestros libros con materiales sostenibles.

Tracy Ryan

APRENDIZAJE
DE UNA
REINA

MARGARITA, REINA DE NAVARRA, Y JEHANE, LA HIJA
DE UN IMPRESOR, DOS MUJERES QUE DESAFÍAN LAS REGLAS

Traducción de:

CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



MAEVA

Título original:

THE QUEEN'S APPRENTICESHIP

© TRACY RYAN, 2023

Primera publicación en 2023 por Transit Lounge Publishing

© de la traducción: CARLOS MILLA E ISABEL FERRER, 2024

© MAEVA EDICIONES, 2024

Benito Castro, 6

28028 MADRID

www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright*©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 976-84-10260-25-2

Depósito legal: M-14868-2024

Diseño de cubierta: © OPALWORKS BARCELONA sobre imágenes de

© ARCANGEL; © LEE AVISON (REINA); © MARTI BUG CATCHER (CASTILLO);

© FAESTOCK (CHICA) / SHUTTERSTOCK

Preimpresión: MCF Textos, S. A.

Impresión y encuadernación: CPI

Impreso en España / *Printed in Spain*

En memoria de Mhairi G. Burden

Fragmentos del *Heptamerón*, de Margarita de Navarra

Pero si nosotros los hombres les mostramos nuestro corazón tal como es, muchos de los que ahora somos bien acogidos entre las damas nos encontraremos con que ellas nos retiran el trato. Ocultamos nuestro demonio tras el ángel más encantador que hallamos. Y así ocultos, antes de que se nos reconozca, recibimos muchos favores.

SAFFREDENT, Cuento XII

... hay hombres que aman tan profunda y perfectamente que preferirían morir antes que experimentar un deseo contra el honor y la conciencia de sus amadas...

DAGOUCIN, Cuento XIX

Sé muy bien... que todos nosotros necesitamos la gracia de Dios, puesto que todos estamos atrapados en el pecado; no obstante, nuestras tentaciones no son las mismas que las de vosotros los hombres, y si pecamos por orgullo, ninguna tercera parte sufre debido a ello... En cambio, vuestro placer reside en deshonorar a las mujeres y vuestro honor en matar a hombres en la guerra, actos ambos que en rigor contravienen la ley de Dios.

PARLAMENTE, Cuento XXVI

Personajes de ficción

Jehane Poulain, después Josse, hija de un oficial impresor
Su madre viuda
Su padrastro Thibault
Su hermanastro Antoine Thibault
La viuda Bonamy
Marion, una aldeana
Isotta, una fugitiva
Narcisse Tachet, un mercader de papel
La familia de impresores Arnould: madame, su hijo Achille, su hermano Odet
Barthélemy, un oficial impresor
Marin, poeta y *correcteur* (corrector de pruebas de imprenta)
Los impresores del taller El Caballo Alazán

Personajes reales

Casa de Valois

Ana de Francia, llamada Madame la Grande, hermana de Carlos VIII y regente durante la minoría de edad de este entre 1483 y 1491, suegra de Carlos III, duque de Borbón
Carlos VIII, llamado el Afable, rey de Francia hasta 1498

Casa de Valois-Orleans

Ana de Bretaña, esposa primero de Carlos VIII y después de Luis XII
Luis XII, llamado el Padre del Pueblo, duque de Orleans, rey de Francia 1498-1515
Renata de Francia, hermana de la reina Claudia, casada posteriormente con el duque de Ferrara

Casa de Valois-Angulema

Carlos, conde de Angulema, primo de Luis, duque de Orleans
Luisa de Saboya, su viuda, madre de Francisco I y Margarita de Angulema

Margarita de Angulema, hermana de Francisco I, duquesa de Alençon, después reina de Navarra

Su hija Juana con Enrique de Albret

Francisco I, nacido Francisco de Angulema, llamado el de la Gran Nariz, rey de Francia desde 1515

Claudia de Francia, hija del rey Luis XII y Ana de Bretaña, esposa de Francisco I

Sus hijas Luisa, Carlota, Magdalena, Margarita

Su primer hijo varón, el delfín Francisco; su segundo y tercer hijos varones, Enrique y Carlos

Soberanos, nobles, gente respetable y clérigos, también personajes reales

Ana Bolena, doncella de honor inglesa de la reina Claudia de Francia, posteriormente de Margarita

Anne de Montmorency, amigo de la infancia de Francisco I, después mariscal de Francia, gran maestro de Francia y condestable de Francia

Anne de Pisseleu d'Heilly, amante de Francisco I

Archiduquesa Margarita de Austria, regente de los Países Bajos de los Habsburgo en Malinas, tía de Carlos V

Artus Gouffier, señor de Boisy, tutor de Francisco I en su infancia, posteriormente gran maestro de Francia

Aymée Motier de la Fayette, la *baillive* de Caen, viuda y dama de compañía de Margarita

Carlos III, duque de Borbón, condestable de Francia, al final traidor; su esposa, Susana

Carlos IV, duque de Alençon, primer marido de Margarita

Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano, de la casa de Habsburgo

Clément Marot, poeta, no «de alta cuna», pero instalado en la corte Françoise de Foix, amante de Francisco I; y su hermano, Lautrec Gaston de Foix, duque de Nemours, sobrino del rey Luis XII y comandante militar

Guillaume de Briçonnet, obispo de Meaux, reformador evangélico
Guillaume Gouffier, señor de Bonnivet, hermano de Artus Gouffier, amigo de la infancia de Francisco I, posteriormente almirante de Francia

Enrique de Albret, también Enrique de Navarra, segundo marido de Margarita

Enrique VIII de Inglaterra

Jacques Lefèvre d'Étaples, erudito, teólogo, traductor de la Biblia
Leonardo da Vinci

Madame de Châtillon, institutriz de Margarita, posteriormente su dama de compañía

María Bolena, hermana de Ana, que aparece solo brevemente en estas páginas

María Tudor, reina de Francia, hermana del rey Enrique VIII de Inglaterra

Filiberta de Saboya, hermanastra de Luisa de Saboya

Philippe Chabot de Brion, también amigo de la infancia de Francisco, almirante de Francia después de Bonnivet

Suffolk (Charles Brandon, duque de Suffolk), militar y amigo de Enrique VIII

Tomás Bolena, diplomático inglés

Volsey (Thomas Wolsey), hombre de estado y eclesiástico inglés, primero arzobispo y luego cardenal

1

En el que la hija del oficial impresor es expulsada

POCO DESPUÉS DE nacer, me bautizaron con el nombre de Jehane, que por entonces se escribía así, Jehane, un nombre normal y corriente. Pero ahora me llamo Josse y recorro el mundo como hombre, así que nadie conoce mi historia.

Ahora contaré esa historia, pese a que nunca pensé que sería necesario. Es una historia real: solo vosotros podréis juzgar si es veraz. Si a alguien ofendo, es por tratar no de complacer, sino de dar a conocer los hechos, y para ello confío en vuestra paciencia.

Aunque en efecto soy grande y fuerte para mi edad y sexo, mi padre no tuvo ocasión de ver que sus palabras se hacían realidad. Cuando yo era aún una niña, murió en el taller junto con sus hermanos impresores a causa de un incendio. Con motivo de un encargo muy urgente, habían alargado el día trabajando a la luz de las antorchas de brea hasta muy tarde, ya bien entrada la noche, mucho más tarde de lo debido, y al caer una antorcha nada pudo hacerse, porque enseguida ardieron los papeles y los cajetines de madera..., y también los hombres. Solo un aprendiz, desfigurado por las quemaduras, escapó para dar cuenta del desastre.

No tengo palabras para expresar nuestro dolor, el mío y el de mi madre, cada una por sus propias razones, solas como estábamos, porque todos los hijos de la familia Poulain, tanto los

que eran mayores que yo como los que eran menores, habían abandonado también este mundo. No puedo describir el vacío que se formó dentro de mí al imaginar el sufrimiento de mi padre, y por el hecho mismo de su ausencia.

Algunos dijeron que ese sufrimiento ocasionado por el fuego, equiparable a ciertos padecimientos del purgatorio, había librado a personas ya fallecidas, ayudándolas en su tránsito al cielo. Otros sostuvieron que Dios, en su sabiduría, había enviado el fuego para recordarnos que éramos polvo, y en polvo nos convertiríamos. Yo nada sabía de esas ideas elevadas, como lo de ese purgatorio cuya existencia ahora algunos ponen en tela de juicio, se considere o no una herejía. Yo solo sabía que mi padre había muerto en la práctica de su oficio.

Así y todo, y gracias a ese oficio, aprendí las letras lo suficiente para pronunciar las palabras en silencio, sin mover los labios, una viajera tanto por dentro como por fuera, y si bien no podía darles forma con la mano, salvo a la J que indica mi nombre, sabía que eso podría abrirme muchos caminos.

A la sazón, los únicos caminos que conocía eran las calles, los callejones y los pasadizos secretos de mi ciudad natal, delimitada por nuestros dos grandes ríos. Dos ríos y dos montes: sin embargo, para no cansar al lector, no me dilataré en mi descripción de esa buena ciudad —ya que su fama se extiende a lo largo y ancho de este mundo— conocida por todos, desde campesinos hasta príncipes, en especial por sus grandes ferias, que atraen a mercaderes de muchos países. Y en más de una ocasión el rey Francisco, el primero de su nombre, pasó por Lyon de camino a las regiones italianas, como todos recuerdan, e incluso pernoctó alguna vez, para gloria de nuestra ciudad.

Mi primer barrio, el distrito que perdería tras perecer mi padre, albergaba las casas y los talleres de aquellos que se dedicaban a la ardua tarea de imprimir —carteles, láminas y libros maravillosos—, desde la larga y recta rue Mercière, donde mi padre trabajó y murió, cerca de los muelles del Saona, hasta

nuestra modesta morada en la cercana rue Raisin, con el río Ródano a nuestras espaldas.

Para mí, el mundo se reducía a la península formada entre los dos ríos. Antes de que las cosas cambiaran, casi nunca salía de allí, aunque en alguna ocasión me alejé hasta el puente del Saona, y me complacía imaginar lo que se extendía más allá. Al otro lado, decía mi padre, los habitantes de la ciudad habían encendido hogueras para recibir al nuevo rey a su entrada en Lyon, en el año 1515, el de mi nacimiento, y los pobres de la ciudad habían distribuido pasquines en protesta por tanta dilapidación.

Tampoco nosotros éramos ricos, ya que mi padre solo era un oficial sin recursos para llegar a maestro. Aun así, al oír hablar de las quejas expuestas en esos pasquines, mi madre dijo que nuestro Señor y Redentor había afirmado: «Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis».

Y mi padre me contó que él había replicado: «Quam difficile, qui pecunias habent, in regnum Dei intrabunt!».

Aprendí a repetir sus palabras: «¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino del Señor!».

Mi padre nos había enseñado esa y otras partes de la Biblia, porque sabía latín y algo de griego, que había aprendido debido a su oficio.

Ahora que él ya no estaba, ese oficio no le servía de nada a mi madre, quien no compartía la veneración y el orgullo que mi padre sentía por su trabajo, y muchas noches, en nuestra morada, ella suspiraba y cavilaba a medida que nuestros recursos menguaban, sin saber cómo saldríamos adelante sin él.

No estábamos solas en nuestras penurias. La cosecha del año anterior había sido mala, y el precio del grano era alto.

—Puedo trabajar para mantenernos —dije yo un día, pero ella negó con la cabeza, consciente de que las pequeñas tareas que me venían encargando hasta ese momento nunca bastarían.

—Si te casas bien... —me interrumpió.

Me levanté y anduve por la exigua habitación donde comíamos y dormíamos, dividida mediante colgaduras para separar la cama que había compartido con mis difuntos hermanos, hasta que mi madre me rogó que volviera a sentarme. Junto al pequeño fuego, su semblante parpadeaba, a veces oscuro, a veces iluminado, como si tuviera dos caras. Me quedé en la penumbra.

¡Casarme! Aún no había cumplido los catorce años. Tal vez los reyes y las reinas contrajeran matrimonio a esa edad para asegurar o expandir sus dominios, pero no las personas como yo. Mi madre sabía bien que pocos estarían dispuestos a pedir mi mano, a lo sumo aquellos que buscaban una ayuda para las labores del campo, porque yo no era delicada y femenina, sino fuerte, como ya he dicho. Y si bien tenía un rostro claro y luminoso como la que más, no había heredado de ella la apariencia angelical de tez pálida, mejillas sonrosadas y cabello radiante tan admirados por todos.

Quizá esa fuera la causa de que mi madre a veces disintiera de mí, como si hubiera preferido que yo me pareciera a ella en lugar de guardar parecido con la familia de mi padre.

—Si entrara a trabajar como aprendiz... —dije, pero ella cabeceó.

—No empieces otra vez con esas fantasías. Podrías casarte con un impresor, pero no serlo. Las jóvenes no se dedican al oficio de impresor, ni como aprendices ni como nada; hacen trabajos de mujeres.

—La viuda Pernette tiene un taller.

—Por su difunto marido, que era maestro; eso es distinto. Ella puede continuar con el negocio de él.

—Lo que demuestra que sí puede ser un trabajo de mujer.

Mi madre suspiró y desvió la mirada. Desde el fallecimiento de mi padre, le habíamos dado vueltas a ese mismo problema muchas veces, sin llegar nunca a una conclusión. Sentí el impulso de marcharme a algún sitio, de huir de la candente

sensación de injusticia. Pero era de noche, y no había ningún lugar donde pasear más que dentro de aquella habitación, que en ese momento parecía más estrecha y peor ventilada que cuando la ocupaban más personas. Bajo tan gran presión, discutíamos sin cesar. A menudo, incluso en vida de mi padre, era una guerra entre ella y yo.

Pero esa noche habría paz.

—Terminemos el trabajo, Jehane, para que al menos tengamos esas pocas monedas y comamos un día más. —Y se inclinó hacia el fuego para prender una vela de junco, que colocó en un taburete entre nosotras, para no cansarnos la vista. La suya ya flojeaba, pero la mía, insistía ella, no tenía por qué padecer si me la cuidaba.

Era cierto que yo tenía la vista fina, pero no lograba centrar el corazón en la labor, que, aun siendo útil, no captaba la atención de la mente. Mi madre siempre decía que me ocupaba demasiado la mente. «Dios me ha dado una mente —respondía yo—, y voy a usarla. Encontraré un medio de vida para nosotras, y sin necesidad de casarme, no te quepa duda.»

Casarse equivalía a enterrarse para siempre en un mismo sitio y parir un niño tras otro, como yo ya había visto, y eso si una tenía la «fortuna» de sobrevivir o de vivir más que ellos. Y mientras vivía, debía confiar en que el pan le llegara de parte de un único amo, y rezar para que este fuera benévolo. Me constaba que no había muchos tan benévolos como mi padre. No, yo debía buscar un medio más seguro que ese sin depender de nadie más que de la hija del oficial impresor. Es decir, de mí misma.

Al día siguiente, cuando llevé las labores de costura a maese Nivelle abriéndome paso por los estrechos callejones hasta su taller, me armé de valor y pedí un encargo de mayor envergadura.

—No tengo nada más para ti —contestó—, pero puedo decirte algo: ayer mismo maese Thibault, el mercader de telas, me contó que su hijo está gravemente enfermo y que necesitan con

urgencia a alguien que lo cuide, porque el padre lleva muchos asuntos entre manos y por desgracia, pese a su prosperidad, es viudo, como ya sabrás.

—Yo no sé cuidar enfermos — respondí.

Maese Nivelle se echó a reír.

—¡Tú! Pensaba en tu buena madre. Si está dispuesta a ocuparse de la tarea, puedo recomendársela a Thibault.

—¡Mi madre!

—¡Una mujer capaz, y que, después de todo lo que ha pasado, conserva aún la energía juvenil! Ha cuidado a muchos enfermos a lo largo de su vida, y todo el mundo sabe con qué esmero los ha atendido, por más que Dios decidiera llevarse a sus pequeños.

Yo no había contemplado nuestras pérdidas desde aquella perspectiva, en muchas familias como la nuestra sobrevivían solo uno o dos hijos; ahora me daba cuenta de que lo mismo podía ocurrirle a un mercader acaudalado. Recordé las palabras de mi padre sobre los ricos y me asaltaron las dudas.

—Gracias de todo corazón —respondí—. Se lo diré y volveré con el mensaje.

De regreso a casa me demoré y reflexioné: desde luego, debía comunicárselo a mi madre, pero ¿qué pasaría si conseguía el empleo?

Tomé un camino distinto del habitual con la intención de recorrer la rue Mercière en toda su longitud y detenerme donde antes estaba el lugar de trabajo de mi padre. Un espacio en el que pensar. Todavía era una cueva ennegrecida entre otros edificios, como una mella en una mandíbula cuando los dientes empiezan a caerse, e igual de dolorosa: donde él había perecido junto con mi padrino, el otro oficial de la imprenta, y me había dejado sin protector ni patrocinador. El suelo seguía cubierto de escombros, como si nadie hubiera querido retirarlos. Sin embargo, alguien construiría allí y la vida continuaría, como había continuado la nuestra pese a menguar la familia.

No tenía sentido lamentarme de no poder pedir opinión a mi padre. Si él hubiera estado vivo, ese trabajo de cuidadora no se habría cruzado en el camino de mi madre. Por entonces no éramos muchos, pero gozábamos de seguridad económica. Aun así, me asaltó el deseo de hablar con él tal como la gente reza a los santos muertos —por más que los nuevos reformistas digan que no debemos—, y me quedé allí largo rato pensando en las maneras de proceder que él me había enseñado.

¿Debía mi madre ir a casa de un extraño y cuidar de su hijo por dinero? Y, si el niño no se recuperaba, ¿le echarían la culpa a ella? ¿O dirían «Dios ha decidido llevárselo»? ¿Podía confiarse en un rico?

Desde la muerte de mi padre, yo no sabía ya muy bien si podía confiar en alguien. También tenía la opción de callar, y así todo seguiría igual. Pero ¿y si moríamos de hambre o perdíamos nuestra morada? La vida resultaba muy costosa. Según algunos, se debía a la escasez de alimentos; según otros, era porque los más ricos los acaparaban. Estos últimos juraban que en la ciudad había existencias de grano ocultas. Sea como fuere, nos hallábamos en una situación apurada. Y si mi madre se enteraba de esa oferta por otro lado y de que yo se lo había ocultado...

¿Por qué no podía dedicarme al oficio de mi padre? Si conseguía ascender y tal vez llegar algún día a ser maestro impresor, superando incluso a mi padre, mi madre podría descansar de un trabajo como ese.

Mientras mantenía la mirada fija en el espacio vacío donde antes estaba el taller, un objeto cobró forma entre los cascotes del suelo. Lo reconocí: era una fuente, una pieza metálica usada en la imprenta mediante la cual el operario componía una palabra. ¡Y no se había fundido en el incendio! Sin duda ese era un hecho increíble.

La recogí y vi que era la letra latina I. Tal vez fuera una señal de mi padre, porque no solo era la primera letra de mi nombre, sino también la del suyo, ya que lo habían bautizado como

Jerome. Lo pronuncié en voz alta: Jerome Poulain. Pero ¿significaba la señal que en efecto yo debía dedicarme a su oficio pese a ser mujer?

Se habían observado señales y prodigios mayores que ese, incluso en Lyon, la primavera anterior: teas encendidas surcaron el cielo echando llamas en el río Saona y siguieron su camino hacia tierras suizas. Eran, según algunos, un presagio de conflicto y sedición en las iglesias de aquellos lares. Otros dijeron que cada cual interpreta las señales como le viene en gana, o que las señales no están concebidas para que nosotros las entendamos.

Desde luego, yo no comprendí el hecho asombroso de que aquella letra, que parecía quemarme la palma de la mano, se hubiera conservado. Pensé: «No, no seré impresora, porque no es así como funciona el mundo, y tengo que aceptarlo. Debo renunciar a lo que mi madre llama “fantasías”. Debo comunicarle esa noticia urgente: la propuesta de cuidar del hijo del mercader».

No obstante, guardé la fuente en la bolsa y, para recuperar el tiempo perdido, volví a casa corriendo a fin de que mi madre no se preocupara.

AL PRINCIPIO, MI madre solo iba a la casa de Thibault de día y regresaba a última hora para dormir en nuestra morada. Esas noches no discutíamos, porque apenas nos veíamos antes de la hora de acostarnos. Pero conforme evolucionaba la enfermedad del muchacho —en realidad ya no era un muchacho, sino casi un hombre—, se vio obligada a pasar allí la noche, y pronto empecé a quedarme sola en casa, donde me reconcomía la preocupación por el riesgo de que ella contrajera las mismas fiebres, de que entrara en el mismo declive.

«Me necesitan», se limitaba a decirme cuando yo le hacía partícipe de mis temores, y tan pronto como ella se trasladaba a

la casa de Thibault, ya nadie oía mis quejas, excepto yo misma y aquellas cuatro paredes.

Deseaba decirle «también yo te necesito», pero en lugar de eso seguí ocupándome de la costura y de nuestro pequeño huerto. También hacía recados y la colada para otras familias, y, a veces, aunque sabía que se trataba de un antojo, vagaba sola por las calles, sin rumbo fijo, triste y, sí, enfadada por el riesgo y también —en un sentido egoísta— por la idea de que podía perder a la última persona que me quedaba.

Los domingos y festivos concedían a mi madre permiso para volver a casa —solo brevemente, porque la enfermedad no descansa en días de fiesta—, y advertí que ella no solo no enfermaba, sino que se la veía más fuerte, incluso pletórica, pese al arduo trabajo. Elogiaba la amplitud y las comodidades de la casa de Thibault, y a veces me traía dulces, tartaletas, confituras, golosinas que yo solo había visto en días especiales, pero apenas había probado. La gente a nuestro alrededor no tenía harina para el pan, pero en las casas de los mercaderes, incluso los menores como Thibault, había bollos y pastas. Se me hacía la boca agua y al mismo tiempo me asqueaba pensar que esa gente «acaparaba», como decían.

Así transcurrieron varios meses, hasta que un día mi madre anunció, tan repentinamente como si no fuera más que un ligero cambio en el tiempo que presagiara la llegada de la primavera:

—Jehane, Dios ha sido bueno con nosotras.

Guardó silencio por un momento. Era verdad que comíamos bien, las sobras de la mesa del rico. Pero, con la boca casi llena del pan tierno que ella había llevado, me pregunté a qué podía referirse, habida cuenta de las muchas desgracias que habíamos padecido hasta la fecha y de esa reciente separación.

—El hijo de maese Thibault está casi curado, y en resumidas cuentas puede decirse que ese joven ha sido el instrumento de una gran bendición.

—Una bendición, ¿en qué sentido?

Fue la primera vez que vi ruborizarse a mi madre.

—Porque su padre me ha pedido la mano.

Se alisó el cabello dorado y se tocó la mejilla, notándose la piel caliente.

Tragué saliva y dejé el resto del bollo, que ya no me sabía a nada.

—No puedes hacer una cosa así.

—Ya he terminado el duelo. No hay ningún obstáculo.

Esa vez fui yo quien se ruborizó.

—¿Qué diría mi padre?

De pronto, irritada, reaccionó de manera cortante, como si ya hubiera previsto mi oposición.

—¿Qué diría tu padre, que en paz descanse? Se alegraría de que se te brindara semejante hogar. Deberías dar gracias, no discutir.

Me aparté de ella y me desplomé en un taburete. Confusa y aterida de frío, no supe qué decir. Ciertamente, en esos tiempos no morir de hambre era un hecho afortunado. Desde hacía ya una estación o dos, las quejas al respecto resonaban tanto en Lyon como en las casas de labranza de los alrededores de la ciudad. Parte de mí sabía que tenía razón. Pero otra parte se sublevaba, indignada ante la perspectiva de vivir entre desconocidos, de abandonar los vestigios calcinados del mundo de mi padre y adentrarme en un territorio ignoto: el del mercader de telas, el amante del dinero. No pude controlarme.

—Eso es peor que la simonía —susurré.

—¿De qué hablas? ¿A qué vienen ahora los asuntos de la Iglesia? ¿En qué sentido es una simonía?

—Porque vendes algo sagrado.

Mi madre se abalanzó hacia mí con ademán de pegarme, pero se contuvo.

—Eres una niña ociosa que no sabe nada de la realidad —dijo en voz baja—. Harás lo que se te diga y te considerarás afortunada. Este matrimonio no es decisión tuya.

—¿Por qué quiere ese hombre casarse contigo? ¿Qué puede obtener de nosotras?

—¿Tan horrenda soy, Jehane? Pese a su éxito en el comercio, no es de más alta cuna que yo. Siente un profundo agradecimiento por los cuidados que he prodigado a su hijo, y hemos pasado mucho tiempo juntos. Es natural que nuestra relación se haya estrechado.

Crucé los brazos ante el pecho.

—No pienso ir a esa casa. No me fío de esa gente. Seguiré viviendo aquí, donde vivió mi padre.

—Necia. ¡Como si pudiéramos mantener viviendas separadas!

—Esta la... La pagaré yo.

—Con los ingresos que ganes como impresora, supongo.

Pero mi madre sabía que la sorna no haría más que aumentar mi resistencia. Aguardó un momento y a continuación habló con más delicadeza.

—Jehane, sé que es un cambio difícil, pero debes confiar en mí y también aprender a confiar en los demás. Ya verás que esto es para bien.

Permanecí en silencio, pues no tenía nada bueno que decir.

—En cualquier caso —prosiguió—, me esperan en la casa, y tú vas a acompañarme para conocer a la familia.

—No pienso ir.

Se rio abiertamente.

—Pues cuando se lleven nuestras pertenencias y los nuevos inquilinos te cierren las puertas, no tendrás otro sitio adonde ir si no es allí.

—Muy bien. —Me puse en pie, recogí la capa y me envolví en ella como si fuera una armadura—. Sin embargo, ten presente que tal vez mi cuerpo te acompañe, pero no así mi corazón.

Mi madre levantó su capote con caperuza, ya que los días eran aún frescos.

—Todavía eres muy joven, Jehane. Es posible que descubras que tu corazón es más voluble de lo que crees.